



El ponto es de azogue y apenas palpita.
Un pesado alcatraz ejercita
su instinto de caza en la fresca.
grave y lento, discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérjese y pesca.

Salvador Díaz Mirón.

Cap. V

CAPÍTULO QUINTO

EN EL QUE LLEGADO QUE HOBIMOS Á LA YSLA COZUMEL,
COMIENZA LA NUEVA RUTA DE DON HERNANDO CORTÉS.



A fondeado el barco.

El silbato de un molino de nixtamal da la bienvenida al *Morelos*, cuya sirena contesta al obsequioso saludo.

Fondeando en la ensenada de esta ínsula, inauguramos hoy nuestra evocada remembranza del camino que siguió el Conquistador.



Tratando de seguir aquella ruta, no se pretende, ni por asomo, hacer labor de ratificación ó rectificación histórica:

Ello compete á los hombres doctos, á los hombres de ciencia y competencia en tales menesteres, y nuestra tarea no va ni aspira á ir más allá de á do alcancen

las fuerzas y lleguen los alientos de dos humildes „aprendices de todo y maestros en nada“, que en el caso presente hacen quieren á menos incluso de lo poco que saben, pues que no acometieron la empresa de que trátase para regresar de ella con un *Informe* de erudición que brinden á ilustres Academias, ó con una *Memoria* bien aforrada en datos, citas, notas y documentos varios, á la prueba de si el de Medellín siguió tal derrotero, ó si tal cerro pasólo por la derecha y si la tal cañada cruzóla por la izquierda.

Y no es que falte razón á un tal trabajo, pues los doctores están en desacuerdo en más de un punto y dos de este viaje; y sobre ello digamos desde ahora—por ahora y por siempre—que esa cuestión al gremio egregio por derecho compete; pues quienes, cual nosotros, desprovistos de toga, de muceta y de título y sin ciencia, talento ni aptitudes, de autoridad carecen para tales empeños, es bueno se contenten con hacer de esta *Ruta* el pretexto á fin que nuestras almas—como almas españolas—al alma mejicana brinden un abrazo de hermanos, haciendo que se abracen en fecha memorable sombras augustas de dos gloriosas razas, cuya fusión determinó una raza hoy viril y pujante, un pueblo heróico, una patria ilustre.



Así pues, seguiremos de cerca, lo más fielmente—siempre que posible—en su ideal trazado y grandes

líneas, la vía que siguieron las mesnadas—piadosas, rudas, fuertes—de la Cruz y del Rey.

Y en aqueste comienzo, hoy saludamos de Cozumel la playa luminosa.

....

En todo su esplendor se nos ofrecen del tropical paisaje los encantos:

En el mar, diafanidades de lago de leyenda; un azul tan intenso y transparente, que á gran profundidad se ve su fondo—que finge la color pavimento de lapizlázuli—cual si á la mano ofreciese sus conchas, sus moluscos y algas arborescentes.

En la faja arenosa que del agua separa la tierra vegetal, el centelleo de nácares y cuarzos triturados: polvillo hechos los diamantes que tallara en facetas lucibles, microscópicas, el arte lapidaria de las olas puliendo eternamente—en purificadora labor constante, eterna—rocas y cuarzos, nácares y perlas. . .

En seguida, á lo largo de la costa, desplegada la guardia de palmeras que esponjan sus penachos elegantes por cima de la anárquica maraña del rebelde bosque, donde mézclanse y atropéllanse y unos sobre los otros se disputan el suelo y el espacio, yerbas y matas de hojas charoladas con barniz de esmeralda, sarmentosas de flores embriagantes, las cañamiel de lanzas amarillas, el banano de pencas quebradizas, y arbustos y lianas, cactus y agaves varios: la rica, in-

comparable vegetación de esta tierra de ensueño, fecunda hasta el prodigio, fertil hasta el milagro. . .

Y en un espacio breve robado á la prolífica lujuria de la selva que al cielo se derrama en montes de verdor—como protesta de que el mar la estreche—el poblado, de casas todas blancas, cual blancas gaviotas sesteando en la playa. . .

¡Oh, cuán simpático, cuán risueño á la vista y cuán grato al espíritu aqueste paraíso en miniatura, no sospechado por los grandes centros—donde la vida es fiebre—bien apartado de las grandes rutas, bajo un cielo esplendente, siempre puro, en el lido del mar más azul y más limpio que nunca vieron los ojos—ya no propensos á entusiasmos fáciles—del viajero cronista. . .

Que este rincón de paz, para gozarlo todo (con la paz de su ambiente, con su sol y su cielo y sus perfumes y deliciosas frutas y su miel regalada y sus riquezas que le brinda el bosque y le brindan las aguas) muy justa fama ha de ser del trópico el *sanatorio* ideal—posiblemente la excepción más notable en estas latitudes.

Pues de epidemias no guárdase memoria, y nos dice un isleño, que, quien de Cozumel no haya salido, ignora cómo sean los *moscos*—leed mosquitos: el espanto mayor de estos parajes do el cínife inocular el virus de mil muertes en mil formas de envenenar la sangre.

....

Pronto se contarán los cuatro siglos desde que gentes blancas, de nuestros tipo y raza, llegaron á estas playas.

Mas del tiempo apesar, á la isla en llegando, aun hoy compréndese y repítese la impresión jubilosa que gozaron, de cierto, aquellos remotísimos parientes que aquí nos precedieron:

La calma ambiente, los sabrosos frutos, hacen de esto un oasis en la líquida estepa, do hasta ahora—durante cuatro días de lento navegar—tan sólo á veces un ocroso islote, una mancha plumiza muy lejana ó un trozo de abrasada estéril playa, nos fueron espectáculo entre el eter y el agua centelleantes bajo un sol impiedoso, en la vasta hornera del cielo y mar hirvientes, cegadores.

Visitando el poblado, recógense dos notas que al presente os recuerdan del pasado dos notas señaladas—sin pretender, de fijo, un rasgo dar de observación aguda, de crítica etnológica—por algún casualmente narrador de remotos viajes:

Notóse que en la isla abundaban la cal, los albañiles. Y recordáis la cita, al ver las casas coquetuelas y pulcras, luminosas en su encalado irreprochable, á nuevo, luciendo su blancura y pulideza, su construcción correcta, demarcando anchas vías cuyo piso no macula un yerbajo ni afean suciedades.

Y en la expresión simpática, despierta, de la gente

obsequiosa, de abierto espíritu y clara inteligencia—revelados en el trato franco y en el hablar agudo propios de los isleños—á menos no podéis que del antiguo cronista recoger el retrato que del ingenio vivo y lógica nativa de estas gentes da muestra la respuesta—de altísima y en libros y en maestros nunca aprendida, filosofía—dada por los indígenas idólatras en defensa del culto y las creencias que habían de sus padres heredado. . .

♦♦♦

Hoy, el mayor, muy legítimo, orgullo de estas gentes habitadoras de Cozumel—un oasis perdido, ó poco menos, en el vasto desierto de esta región apenas frecuentada—es decir lo primero, al visitante, cómo en su soledad y en una población total que un millar y mitad apenas cuenta, la *capital* (darémosle este nombre), San Miguel, donde estamos, con no más de ochocientos habitantes, sostiene cuatro escuelas. . .



Visitamos allí, en la ubérrima selva, los restos, carcomidos por el tiempo, de la iglesia que diz fué levantada en el mismo lugar do la primera vez, de Nueva España en tierras, el culto celebróse de la fe nueva por el Padre Olmedo.

Y al volver á la nave que presto ha de zarpar, junto

á las escaleras se topan y se empujan, en la chillona brega del mercado, innúmeros esquifes ó canoas—inverosímil fábrica marítima, burlesco alarde de osadía náutica—labrados como artesas ó zuecos, en un tronco, atiborrados de cestos y cajones con panes, cocos, piñas, plátanos y pescados, huevos, tortillas de maíz, y miel sabrosa de estos panales (cuyo regalo gozara el paladar de los soldados de la Conquista) y anonas y mameyes, vainas de tamarindo y ciruelas silvestres y varas de preciosas maderas: cuanto allí da la tierra y la industria doméstica, tentando de la marinería y la gente de tropa el deseo infantil de compras no precisas y de atracarse de frutas y viandas que á bordo no escasean y que á bordo desdeñan. . .

Junto á aquellos productos, los más caros, los *finos*, importados por el comercio indígena con la Honduras británica y más cercana costa de Yucatán: licores de fantásticos precios y sabores, chocolates de Mérida, jabones y perfumes de Belize (dícelo la etiqueta) hamacas, abalorios de carey y nácar, sombreros de palmito—¿quién recuerda la variada quincalla y comestibles de aquellos sobre el agua bailadores bazares diminutos, que tripulan muchachos picaruelos de esbelta contextura, ojazos negros y rizados cabellos, y viejos zorros prontos al dichoracho, á la frase picante, y harto diestros en las mil socaliñas del regateo y venta? . . .

Y como típico, característico producto, del que todos—unos más, otros menos—acopio hacemos, una gran variedad de caracoles de extrañas formas y diversos tamaños, con nácares de iridiscencias raras y matices quiméricos en rojo y tornasol.



Dispuesta ya la marcha, al medio día lévase el ancla.

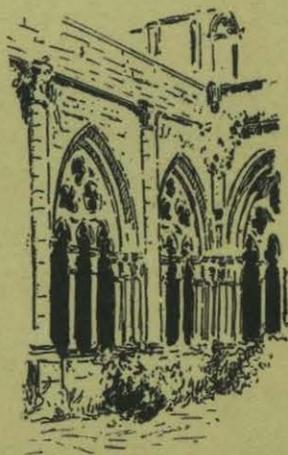
En la reverberante faja arenosa de la limpia playa, figuras blancas saludan la partida, y otra vez el silbato del pequeño molino lanza su nota aguda que disuende su espiral sonora en la quietud ambiente.

El remolino de espumas que las hélices levantan en el agua, es ingente oleaje de tormenta para la parda flota de piraguas minúsculas, que encabritadas chocan entre risas y chistes y denuestos de los isleños nautacomerciantes que baten en la ola con los remos: los *canaletes*, al parecer esas pequeñas palas usadas en sajones deportes de pelota.

Y cuando atrás dejamos el albo caserío enjalbegado que van velando cortinas, pabellones, encajes y mamparas de follaje, de la calina el sutil centelleo envuelve en ténue gasa de fuego hecho vapor, el cocotal de palmas desmayadas cobijando clementes en su copa las nueces deliciosas que encierran alimento y refrigerio, los bananos de pródigos racimos que amarillean entre

el verde esmaltín de hojas enormes, los arbustos constelados de polícromas flores, y los árboles de frondas lujuriantes que se adornan de orquídeas, de musgos y bejucos.

Y—cual viéralo el vate, sino en este lugar no en demasiado de aquí remota playa—el mar de azogue que no se agita ni mueve ni palpita en la bochornal calma de esta hora de asfixia, es el cuadro propicio de una vida caótica—formándose en inmenso hervidero de luz y de calor—en la cual sólo, el primero, organizada forma adquirió el alcatraz, que, entre el fuego del cielo y de las aguas, navega lento, inmóviles las alas, en grave giro amplísimo, hasta que, de repente, *cual herido de un rayo se derrumba*, y sumerje su pico en el vasto fusor reverberante de estaño licuado...



Ni el nombre de los númenes que un día efímeros vivieron, hallaréis...

Ignacio M. Altamirano.



Cap. VI